

A propósito del Nuevo Papa

# San Francisco de Asís, (1182-1226)

En tierras de Umbría, en la pintoresca Asís, nació uno de los santos más amables del catolicismo: *el pavorello*. Eran las postrimerías del siglo XII, cuando las luchas entre güelfos y gibelinos agitaban las ciudades italianas. La sangre de su padre, Pedro Bernardone, dio a su temperamento la finura artística del espíritu toscano, y la de su madre puso en sus venas el ardor romántico de los trovadores provenzales.

La juventud de Francisco se vio llena de peripecias multicolores, y fue tan agitada y azarosa que podría compararse a la de ciertos jóvenes del siglo XX. En las fiestas de Asís llevaba él la batuta de la alegría; en los torneos caballerescos no tardaba en destacarse por la gallardía de su porte y el brío de sus movimientos; en todas partes era la personificación de la prodigalidad, del entusiasmo y del amor por las aventuras.

Entre los 20 y los 22 años se inició su conversión de la vida mundana a las actividades apostólicas. Es una conversión lenta y ensombrecida con arideces espirituales. Por momentos parece haber descubierto el rumbo definitivo de su vida. Poco después reconoce estar todavía lejos de las exigencias de su vocación. Entre tanto, había empuñado las armas en defensa de su ciudad natal; había saboreado la dura prueba de un año de encarcelamiento en Perusa; lo había visitado una enfermedad a causa de la cual fueron perdiendo calor poco a poco sus ambiciones temporales, y tuvo sueños y visiones que lo hicieron atisbar el verdadero horizonte de su apostolado.

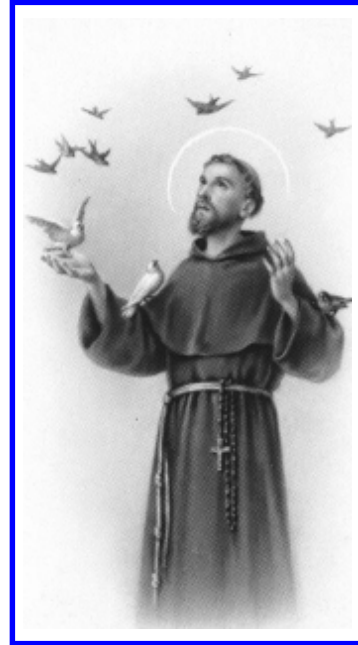
De esta suerte fue transformándose la exuberante personalidad de Francisco sin deslustrarse ninguno de sus dones naturales.

Ya no va con los amigos, sino que prefiere la soledad de una gruta situada en las afueras de su ciudad natal; ya no sólo da lo que tiene, sino que desprecia el mundo y el dinero. En una peregrinación a Roma pide limosna a la puerta de San Pedro. Al encontrarse una vez con un leproso, que le pide una caridad *por amor de Dios, siente una terrible repugnancia*, pero venciendo ésta, no sólo le da limosna, sino que le le besa la mano.

Avergonzado su padre del género de vida adoptado por Francisco, se quejó ante el obispo de Asís de la prodigalidad de su hijo y, delante del prelado le pidió a Francisco que le devolviera los dineros gastados en los pobres. Este contestó renunciando a la cuantiosa herencia de su padre, se despojó allí mismo hasta de sus vestiduras y exclamó: "en adelante no tendré que decir padre Bernardone, sino Padre Nuestro, que estás..." en los cielos.

Desde entonces vive más pobre que antes. Algunos amigos desean seguirlo y, un año después, son ya 12 los que imitan su modo de vivir. Escribe una regla muy breve y sencilla para ellos, que el papa Inocencio III aprueba en 1210. Las líneas esenciales de los nuevos frailes menores eran: la pobreza y la humildad.

Dos años más tarde se puso bajo su dirección, junto con algunas compañeras, una noble joven de Asís llamada Clara. Así



nació la Orden de las Clarisas o Segunda Orden Franciscana.

A muchas personas que querían imitar su espíritu de penitencia y de pobreza, les compuso la regla de la Orden Tercera.

Rápidamente siguió aumentando el número de sus seguidores y en 1221, en el Capítulo de las Esteras, fueron ya de 3 a 5.000 los frailes que se reunieron. Allí se modificó y amplió la primera regla, que fue aprobada por Onorio III en 1223.

Además de la humildad y pobreza legendarias del Pobrecito de Asís, la caridad fue la virtud que más resplandeció en su vida. Su típica plegaria: "Mi Dios y mi todo", condensa admirablemente sus anhelos. El amor sobrenatural lo lanza a convertirse en albañil improvisado de la iglesia de San Damián y de otros templos derruidos. El mismo amor lo impulsa a reunir a sus compañeros de apostolado, a ofrecer su obediencia al papa, a pre-

dicar por doquier el Evangelio y a sufrir penalidades sin cuento. El mundo aprendió de sus labios y de su ejemplo que "la perfecta alegría consiste en aceptar con ánimo, por amor de Cristo, toda suerte de vituperios". Se asegura que Dios mismo quiso convertirlo en imagen viviente del *crucificado al imprimirle sus llagas en pies, manos y en el costado*, un día que estaba en altísima oración a las faldas del Monte Albernía.

Finalmente, la caridad del santo se desenvuelve en un apostolado universalista. Para Francisco no existió un hombre que fuese extraño a su corazón: los leprosos, los bandidos, los musulmanes, los nobles y los plebeyos, todos fueron sus hermanos. Es más, nadie como Francisco ha fraternizado con el universo entero: fue hermano del sol, del agua, de las estrellas, de las aves y de las bestias.

Murió en su ciudad natal. La basílica de San Francisco, en Asís, es famosa por los bellísimos frescos de la vida del santo con que el Giotto y Cimabue la decoraron.

La Orden fundada por San Francisco, se ha dividido en varias ramas. El número aproximado de profesos de las principales de ellas es el siguiente: frailes menores, 25,400; frailes menores conventuales, 3,600; frailes menores capuchinos, 14,200; Tercera Orden Regular, 700.

San Francisco de Asís es el patrono universal de la Acción Católica.